

Visita a un Madrid en guerra

Manuel Azaña

Prólogo de Mercedes Cabrera

Nota¹ al margen

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Primera edición, diciembre de 2025

Colección «Paz, Piedad, Perdón»

Director, Jesús Cañete Ochoa

© Nota al margen, S. L., 2025

Plaza de las Salesas 7

28004 Madrid

Título original: Manuel Azaña. «Diarios y apuntes de memoria».

La Pobleta, 1937. Volumen VI de las *Obras Completas*, edición de Santos Juliá, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2017.

© del texto, Manuel Azaña. «Diarios y apuntes de memoria». La Pobleta, 1937. Volumen VI de las *Obras Completas*, edición de Santos Juliá, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2017

© de la edición, Nota al margen, 2025

© del diseño de cubierta y composición, Comba Studio

© de la fotografía de portada, Azaña (1880-1940). Memoria del hombre y la República. Archivo General de la Administración. Ministerio de Cultura. 2010. A través de Wiki Commons

© de la fotografía del autor, Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International license

© de la imagen reproducida, la Biblioteca Nacional de España (BNE)

ISBN: 979-13-990755-4-0

Depósito legal: M-21989-2025

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

<i>Madrid, noviembre de 1937</i> , prólogo de Mercedes Cabrera	9
Visita a un Madrid en guerra	29
Hay otra vez una República, una República con sus tres colores, y ninguno más	67

Madrid, noviembre de 1937

El 12 de noviembre de 1937, Manuel Azaña, presidente de la República, viajó desde Valencia a Madrid con el presidente del Consejo de Ministros, Juan Negrín, y los ministros de Estado, el republicano José Giral, y de Defensa, el socialista Indalecio Prieto. Iba con ellos también el general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor Central. Entraron en coche en la ciudad por el paseo de la Castellana hasta la Presidencia de Gobierno. Azaña no había vuelto a la capital desde que salió un año atrás. «Ni una luz ni un alma viviente. Silencio sepulcral», escribió. «La ciudad, aplastada por el silencio, parece transferida a la tiniebla eterna» y, aun así, «... qué sensación de alivio, de quitárseme un peso de encima, solamente por estar en Madrid». Comprobó que Madrid existía, «a pesar de todo».

Así confesaba Azaña en su *Cuaderno de La Poblota* la terrible impresión del impacto de la guerra, los destrozos de los bombardeos, el silencio y el escaso tráfico; el monte de El Pardo, arrasado; la penosa revista de las tropas en Vicálvaro y la sorpresa de la «mejor división», la que mandaba el anarquista Cipriano Mera en Alcalá de Henares. «¡Guerra y revolución en Alcalá!

10 Increíble. El mundo se desquicia», no pudo por menos pensar. ¡Quién hubiera creído que, en aquellos campos de Brihuega, en los que tantas veces había cazado, vendría a batallar un «ejército extranjero»! Sus recuerdos del pasado más lejano, de su infancia y juventud, y los de sus proyectos cuando le tocó asumir responsabilidades políticas en 1931 se mezclaban con la radical incertidumbre del futuro, con la pregunta sobre a quién y cómo le tocaría reconstruir la ciudad.

La «pesadumbre de Madrid» gravitaba sobre su alma cuando le tocó hablar en el Ayuntamiento. Juan Negrín habría querido que hiciera un gran discurso para radiarlo a España entera y en el extranjero. Azaña se negó. Habría tenido que decir «inconveniencias», sobre todo en lo relativo a la política exterior, su preocupación primordial, y no era lo que le tocaba hacer. Decidió limitarse a contestar las palabras del alcalde, pero fue más allá. Dedicó sus palabras a todos los madrileños y su «voluntad inquebrantable de libertad». Quedaban lejos aquellos «días lúgubres» de noviembre de 1936, cuando se les echaba «encima el invasor» y no tenían armas ni tropas; no tenían Estado ni medio de gobernar. Ningún español podría agradecer bastante el sacrificio de quienes en los días más terribles de la rebelión tomaron sobre sí la gobernación del Estado y el empeño de reconstruirlo. Porque cuando llegó la guerra, todo debió subordinarse a ella: «Cuando hablan las armas, todo el mundo calla». Ahora, un año más tarde, Madrid producía el efecto de «una inyección de aire puro», porque de nuevo había una república y un ejército español, salido de las filas del pueblo, en el que se habían juntado «la experiencia técnica de los admirables militares leales con la improvisación de gente nueva». Y había un Gobierno que se

hacía oír. Luchaban no porque les gustara la guerra, sino 11
por defender la libertad de España y la independencia
nacional frente a un invasor extranjero. No cabía invocar el
nombre de la patria para provocar una guerra civil, como
hacían los militares sublevados, porque la patria no era una
«deidad remota y sanguinaria», no era algo distinto de los
españoles. «Yo, que siempre me he considerado madrileño,
me llevo hoy de Madrid lo mejor que en medio siglo ha dado,
lo mejor de su espíritu: la confianza en el mañana».

Tras sus palabras hubo grandes aplausos. José Giral y
el general Miaja le dieron las gracias: el primero, por el re-
cuerdo que hizo Azaña de aquellos momentos angustiosos en
los que asumió el encargo de formar Gobierno; el segundo
por lo que dijo del Ejército y el reconocimiento del esfuerzo por
reconstruirlo.

¿Cómo había llegado Azaña hasta allí?

Azaña había salido de Madrid el 18 de octubre de 1936.
Dejó la ciudad sumida en el horror de los primeros meses
de la guerra, cuando todo parecía perdido y el Gobierno se
trasladó a Valencia. Era presidente de la República desde el
11 de mayo. Tras la primera vuelta de las elecciones de febrero
de aquel año, cuando el presidente del Gobierno Portela
Valladares cedió su puesto a la coalición del Frente Popular,
sin esperar a la celebración de la segunda vuelta, Azaña se
hizo cargo del Gobierno y formó uno estrictamente republi-
cano. Siguió meses de euforia pero también de grandes
movilizaciones, de conflictividad y violencia. Cuando las

12 nuevas Cortes destituyeron al presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, Azaña tuvo que asumir la Jefatura del Estado. Creía que solo él podía convencer a los partidos republicanos para que colaboraran con un Gobierno de presidencia socialista, que era lo que pretendía. Asimismo pensaba que solo Indalecio Prieto podía asumir esa tarea. Conseguir la incorporación de los socialistas a las responsabilidades de gobernar había sido su empeño desde que asumió el protagonismo político como presidente del Gobierno, en 1931, y continuó siéndolo hasta el final de sus días. Solo así lograría consolidarse la República. Tuvo que hacer frente, entonces y más tarde, también durante la guerra, a las divisiones internas del Partido Socialista. Había visto cómo aquella coalición que protagonizó el primer bienio reformista se deterioraba y finalmente se rompía en 1933. No quebró en el Gobierno —donde funcionaba bien, opinaba Azaña—, tampoco en el Parlamento, aunque allí funcionaba regular, sino cuando se descendía a nivel local, por «las discordias, la hostilidad entre republicanos y socialistas por esas provincias y por esos pueblos».

La guerra lo llevaba a una continua vuelta a pensar y defender lo que había hecho para mantener la República frente a las opiniones de unos y de otros. Así lo explicaba de nuevo en 1937, en el mismo *Cuaderno de La Pobleña*, cuando llegaron a sus manos las memorias del entonces presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora. Recordó sus esfuerzos inútiles para llegar a una coalición de republicanos y socialistas ante las elecciones de noviembre de 1933, a la que se negaron los socialistas, «el mayor dislate político cometido después de disolver las Cortes Constituyentes en mala oportunidad».

Azaña se indignó por la acusación de Alcalá-Zamora de 13 que Largo Caballero había sido el «adelantado visible del movimiento revolucionario» que desembocó, en octubre de 1934, en un movimiento que el propio Azaña habría liderado, según el expresidente de la República.

En mayo de 1936, su propuesta a Indalecio Prieto para que formara gobierno había chocado de nuevo con la negativa de su partido, más concretamente con la de Francisco Largo Caballero. No tuvo más remedio que pedir a su correligionario y amigo, Santiago Casares Quiroga, que asumiera la tarea y presidir un gobierno, otra vez estrictamente republicano. Después de aquello, Azaña se recogió en la Quinta de El Pardo y se retiró de la primera fila de la vida política, aunque acudía cada quince días a la reunión del Consejo de Ministros y cumplía con otros actos puramente institucionales. Aquel retiro le valió, entonces y después, el reproche de quienes, concedores ya de lo que ocurrió tras el 18 de julio, le acusaron de no haber sido capaz de entender el alcance de las conspiraciones en los cuarteles, que conocía, pero que quizá pensó que se controlarían como había ocurrido en agosto de 1932 con la «Sanjurjada».

El 16 de julio, cuando comenzaron a llegar noticias del golpe militar que se confirmaría poco más tarde, se trasladó, por seguridad, desde El Pardo al Palacio Nacional y asumió sus responsabilidades como presidente de una República amenazada por la sublevación. Tras la dimisión de Casares Quiroga, el mismo 18 por la tarde llamó al presidente de las Cortes, el republicano Diego Martínez Barrio, para que se encargara de formar un gobierno que desbordara por la derecha al Frente Popular, sin incluir a la Confederación

14 Española de Derechas Autónomas (CEDA), y no contara, por la izquierda, con los comunistas. Felipe Sánchez-Román accedió, pero Indalecio Prieto, tras consultar al partido, tuvo que volver a decir que no. Largo Caballero se mantuvo en sus trece cuando Azaña convocó a los partidos, y el presidente tuvo que recurrir a un republicano de su confianza, José Giral, para que asumiera la tarea. Giral accedió a la exigencia de proporcionar armas a los sindicatos, disolver las unidades militares y licenciar a las tropas cuyos mandos se hubieran sublevado, dos decisiones que supusieron la práctica disolución del Ejército republicano.

Hasta la noche del 23 de julio, como ha escrito Santos Juliá, Azaña no salió de su mutismo, de la reserva a la que se consideraba obligado por su función presidencial. Hizo entonces una alocución por radio. Pudieron oírse sus palabras de «... aliento y gratitud a todos aquellos que, con entusiasmo y heroísmo, defendían la causa de la ley que era la causa de la República», y también unas palabras de grave y severa admonición a los culpables del horrendo delito que tenían «destrozado el corazón de los españoles». No faltó una nota de esperanza. Cuando golpes de fuerza como aquellos se desencadenaban sin contar, como contaron en otros tiempos, con la complicidad del poder, fracasaban; cuando se perdía la ventaja de la sorpresa, la conspiración estaba vencida. «Ayudad al Gobierno. Seguid sus indicaciones. Aunad vuestros esfuerzos», «Contad conmigo como habéis contado siempre para todo lo que es la ley [...], para todo aquello a que mi deber me llame [...], con el corazón angustiado pero lleno de esperanza», terminó.

Azaña estaba convencido de que, sin ayuda exterior, la guerra no podía ganarse y se horrorizó el 22 de agosto ante el

asalto de las milicias a la cárcel Modelo y el asesinato de 15 presos, entre ellos Melquíades Álvarez, que había sido su jefe político en su primera militancia en el Partido Reformista. Era su segunda obsesión: la indisciplina, el desorden interno, la aparición de multitud de poderes autónomos, el afán por las «llamas purificadoras». No fue precisamente tranquilizadora la decisión de Giral de presentar la dimisión, convencido de la necesidad de que se formase un gobierno que recogiese la representación de los partidos y organizaciones sindicales. El resultado fue la formación, el 4 de septiembre, de uno nuevo bajo la jefatura de Francisco Largo Caballero, que empujó a los republicanos a posiciones secundarias, incluyó a seis socialistas y dos comunistas, que entraban así por primera vez en un Gobierno en Europa. Eso, y la amenaza de una posible toma de Madrid por el ejército sublevado, llevaron a Azaña a acariciar la idea de dimitir.

Fue la primera vez que lo pensó pero no la última. Prieto, sabedor de su estado de ánimo, llamó a Ángel Ossorio para que lo disuadiera. «Su dimisión equivaldría al hundimiento de la República», le dijo Ossorio. La segunda vez no tardó en llegar cuando, en noviembre, convencido de la inminente caída de la capital y trasladado desde Valencia a Barcelona, se instaló en la abadía de Montserrat. Supo de la decisión de dar entrada en el Gobierno a los anarquistas, a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y la Federación Anarquista Ibérica (FAI). Se desoyó su petición de que no fuera ministro de Justicia Juan García Oliver, miembro destacado de la FAI, y recibió la contestación de Largo Caballero de que en todos los casos habían sido las organizaciones las que habían elegido a sus representantes en el Gobierno. «Montserrat: reclusión y

16 tristeza», escribió Azaña. Aunque bajaba a su despacho en la ciudad todos los días, se negó a ir a Valencia para hablar ante las Cortes como le pidió su presidente, Diego Martínez Barrio. Nadie entendía que, en plena guerra, viviera recluido, separado del Gobierno.

Por fin, en enero de 1937 viajó a Valencia y pronunció el primero de los cuatro discursos que hizo durante la guerra. Madrid había resistido y los frentes se habían estabilizado. Tras recordar la tradición republicana de Valencia y señalar el «hecho maravilloso» de un pueblo entero reemplazando a los órganos del Estado que habían caído «en inutilidad o rebelión», avanzó lo que fueron sus convicciones recurrentes. En primer lugar, dijo que habría preferido que la guerra hubiera quedado restringida a un problema interno de política española, una rebelión militar frente a la que ningún gobierno podía dejar de resistirse. Pero el conflicto había adquirido la categoría de un «grave problema internacional», de una parte, por su origen marroquí y, de otra, por el auxilio en material y contingentes armados que algunas potencias extranjeras habían prestado a la rebelión. Ya no se trataba solo de una guerra civil entre españoles, sino de una «invasión extranjera» que la convertía en una guerra de independencia. ¡Cómo podía ser que hubiera gentes que se decían neutrales! La neutralidad equivalía a una traición. La invasión suponía una ruptura en el equilibrio del sistema occidental europeo. No iba a caer en la pretensión infantil de creer que otros pueblos fueran a posponer su interés nacional al español, pero valía la pena que el equilibrio se rompiera a favor de la República y que así lo entendieran otras potencias. La República había hecho todo lo posible por evitar un choque europeo armado.

Aclaró después por qué luchaban: se batían por la 17 República legítima, por la unidad esencial de España, por la integridad del territorio nacional, por la independencia de la patria y por el derecho del pueblo español a disponer libremente de sus destinos. No se batían por el comunismo ni por el sindicalismo ni por este o aquel partido republicano; se batían por todos. Los rebeldes hablaban de «movimiento nacional», pero... ¿podía existir tal cosa si se empezaba por secuestrar la libertad de la nación? Añadió un mensaje claro. «Necesitamos una política de guerra» dijo, lo mismo en los frentes que en la retaguardia: disciplina y obediencia al Gobierno responsable de la República. No había dos modos de hacer la guerra, todos eran malos menos el que conducía a la victoria. El factor moral debía traducirse en disciplina, en obediencia, en capacidad, guardándose de que la espontaneidad, de la que sin embargo hizo el elogio más fervoroso, redundara en perjuicio de la causa.

Terminó diciendo: «No sé cuál será el régimen político español. Será el que el pueblo quiera». Él quería un régimen que defendiera los derechos de conciencia y de la persona, que asegurara la libertad moral y política, que recuperara el trabajo que quiso hacer la República, «una República de españoles libres». Llegaría la paz y la victoria, pero sería una «victoria impersonal», la victoria de la ley, la victoria del pueblo, la victoria de la República, no la de un caudillo, «no la de ninguno de nosotros, ni de nuestros partidos ni nuestras organizaciones». Tampoco sería un triunfo personal, porque no cabía triunfar «personalmente contra compatriotas», concluyó. En resumen: la guerra era una «invasión extranjera» y exigía el compromiso ineludible de las potencias democráticas; era

18 necesaria una política de guerra disciplinada para la reconstrucción del Estado y del Ejército desmantelados; la defensa de la República legítima no era sino la defensa de la independencia nacional en nombre de toda la nación y una victoria «impersonal», que no sería de nadie sino de todos.

Nada iba a ser fácil. Unos meses más tarde, en mayo, retomó su costumbre de escribir su diario. El de 1937 se llamó *La Pobleta*, su lugar de residencia en Valencia. Comenzó con la narración retrospectiva de los cuatro días de asedio que sufrió en una Barcelona incendiada por la rebelión anarquista, un encierro que le permitió dictar el borrador que había escrito y que se convirtió en *La velada en Benicarló*. Se sintió abandonado y le dijo al presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, que solo una acción del Gobierno rapidísima y aplastante en Barcelona evitaría su decisión irreversible de dimitir. Pero la descartó de nuevo, pese a que, cuando consiguió llegar a Valencia, el presidente del Consejo de Ministros, Largo Caballero, lo recibió como si no hubiera ocurrido nada.

Se desencadenó entonces una crisis de Gobierno, que Azaña se negó a resolver personalmente porque, en su opinión, la decisión debía llegar de los partidos y organizaciones sindicales. El futuro presidente no podía ser republicano, pensaba Azaña, debía ser socialista, y solo podía encontrarse entre los seguidores de Indalecio Prieto. Esta vez lo consiguió. Para sorpresa de algunos, el designado fue el socialista Juan Negrín, a quien Azaña conocía desde tiempo atrás. Negrín, amigo y seguidor de Indalecio Prieto, mantenía buenas relaciones con todas las fuerzas políticas y sindicales. Había desempeñado una importante tarea de reconstrucción de las estructuras del Estado

como ministro de Hacienda en el Gobierno de Largo Caballero y, sobre todo, nadie mejor que él para desenvolverse en la mediación internacional que el presidente de la República consideraba esencial. Prieto, nombrado ministro de Defensa Nacional, llamó a Vicente Rojo, a quien nombró jefe del Estado Mayor Central de las Fuerzas Armadas y del Ejército de Tierra. Rojo se había destacado en la defensa de Madrid, a las órdenes de Miaja, y había ascendido a coronel. Debía conducir la guerra con las directrices que Azaña le marcó a Negrín: no perderla para tener tiempo y que la situación exterior diera un vuelco, mantener las decisiones militares al margen de los conflictos entre partidos, disciplinar las fuerzas, y evitar la caída del norte, así como la tendencia disgregadora de vascos y catalanes, y del Consejo de Aragón.

Azaña respiró: por fin podía contar con un gobierno. Creía que una República con un Estado reconstruido y una política militar defensiva, aunque no pudiera ganar la guerra, obligaría a las potencias democráticas a liquidar la política de no intervención, que le parecía el mayor crimen internacional después del reparto de Polonia; una verdadera puñalada por la espalda. No se hacía ilusiones, pero creía que tanto Francia como Gran Bretaña entenderían que iba en su propio interés. No podían permitir el triunfo de los rebeldes. Ese había sido su objetivo desde el principio: reconstruir el Estado hundido en julio de 1936 y construir un Ejército para convencer a ambos países europeos de la necesidad de imponer «una suspensión de armas», que no un armisticio, con una retirada de extranjeros supervisada por algún tipo de comisión internacional neutral. El cansancio de la guerra haría imposible retomar las armas.

Lo repitió unos meses más tarde, de nuevo en Valencia, en el primer aniversario de la sublevación del 18 de julio, con un discurso, el segundo de los suyos durante la guerra. Fue muy crítico hacia la actitud de las potencias democráticas europeas. Aquella guerra que cumplía un año se habría agotado rápidamente si no hubiera sido «una invasión extranjera», cosa que la Sociedad de Naciones había ignorado y que el Comité de Londres pretendía encubrir reconociendo la beligerancia de los rebeldes, mientras la guerra en España seguía haciendo estragos. Lo que estaba pasando en España era consecuencia del miedo a una revolución que no iba a existir, y del «terrible odio político». Ninguna política podía fundarse en la decisión de exterminar al adversario: «Yo me opondré con el peso de mi autoridad y con todo el poder que tenga, moral o personal, dondequiera que esté, a que nuestro país, el día de la paz, pueda entrar en un raptó de enajenación por las vías del odio, de la venganza, del sangriento desquite». Había que preparar políticamente el desenlace de la guerra. No sabía cuál sería el régimen español tras el final de la guerra; sería el que el pueblo español decidiera en libertad. Su deseo: que fuera una República en libertad.

Su tercer discurso fue el que pronunció en Madrid, en noviembre de 1937, pero cuando Negrín le dijo que la próxima vez no le haría caso y radiaría sus palabras para que se escucharan en toda España y fuera también, Azaña le replicó: «Mire usted, gane usted la guerra y entonces haré de buena gana un discurso que se podrá oír en todas partes. Esta tarde le he hecho a usted el discurso ministerial que otros no hacen». La luna de miel con el Gobierno que presidía Negrín hacía aguas. Volviendo a Valencia en el coche, le comentó al ya general

Vicente Rojo que, si los rebeldes rompían el frente y no podían contenerlos, la guerra estaba perdida. Si acertaban a contenerlos, podía ganarse. Los meses que siguieron minaron más todavía las esperanzas de Azaña. El fiasco de la sangrienta batalla de Brunete en el mes de julio no había sido la derrota del ejército republicano, que estaba mejor armado que nunca, con una potencia y una moral que no dejaban de crecer, pero había sido el momento en el que la confianza de Azaña en una victoria se desvaneció para siempre. 21

Lo que estaba por venir

Negrín fue el presidente con el que Azaña soñó hasta la primavera de 1938. Había dotado a la República de un Estado, con sus aparatos y servicios, de una diplomacia y de un Ejército, para lo que había contado con Vicente Rojo. «Resistir es vencer» había sido su consigna. La solución internacional solo se conseguiría manteniendo la guerra. Rojo impidió que todo se desmoronase tras la pérdida del norte y la evacuación de Teruel, pero el entendimiento de Azaña con Negrín se deterioró y con Prieto se rompió tras el desplome militar después de la ofensiva para recuperar esa ciudad en febrero de 1938; un desplome que culminó con la llegada de los rebeldes a Vinaroz en abril, rompiendo la zona republicana. Se abrió la crisis. Azaña quiso repetir lo que había hecho cuando se produjo la caída de Largo Caballero. Citó a los dirigentes de los partidos, pero esta vez se quedó solo. La maniobra de Azaña fue un «completo error», escribió Santos Juliá. Ante el catastrofismo de Prieto, su ministro de Defensa, amigo y